

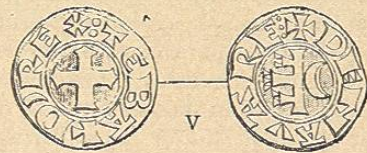
rey don Guillermo de Montgrí, arzobispo electo de Tarragona, exponiéndole que si les cedía en feudo á él y á los de su linaje la isla de Ibiza, ellos tomarían sobre sí la empresa de conquistarla. No tuvo reparo el rey en condescender con la demanda del prelado, el cual procediendo á la ejecución de su proyecto, se embarcó con sus gentes de armas, llevando trabuquetes, fundibulos y otras máquinas é ingenios, y en poco tiempo tuvieron la fortuna de vencer á aquellos isleños, quedando Ibiza en su poder. Así se completó la conquista de las Baleares, bella agregación que recibió la corona aragonesa, y gran padrastró que habian sido para todas las naciones marítimas del Mediterráneo en los siglos que estuvieron poseídas por los sarracenos.

El mayor y mas importante suceso de los que señalaron la vuelta de don Jaime á Aragon, despues de la conquista de las Baleares, fué sin disputa el principio de la guerra contra los moros de Valencia. Era el deseo constante del monarca emplear sus armas contra los infieles. Convidábale la ocasion de estar el destronado emir Ceid Abu Zeid peleando contra el rey Ben Zeyan (1) que le habia lanzado del reino. Y acabaron de alentarle, si algo le faltaba, el maestro del Hospital Hugo de Folcarquer y Blasco de Aragon, que hallándose el rey en Alcañiz, le instigaron á que acometiera aquella empresa (1232). Los primeros movimientos de esta nueva cruzada dieron por resultado la toma de Arés y de Morella. Recorrió don Jaime la comarca de Teruel, donde el moro Abu Zeyd le hizo de nuevo homenaje, prometiéndole ser su valedor y ayudarle con su persona y su gente contra sus adversarios, y bajando luego hácia el mar determinó poner cerco á Burriana, talando primero sus fértiles campos y abundosa vega, á cuya operacion concurrieron algunos ricos-hombres de Aragon y de Cataluña, y los maestros y caballeros del Templo y del Hospital, de Calatrava y de Uclés que en el reino habia. Acompañábanle tambien su tío don Fernando y los obispos de Lérida, Zaragoza, Tortosa y Segorbe, con otros eclesiásticos de dignidad. Formalizóse el cerco, y comenzaron á jugar las máquinas de batir. Burriana estaba grandemente fortalecida y municionada, y los moros se defendian heroicamente. Prodigios infinitos de valor hizo en este cerco don Jaime. Hiriéronle cuatro saetas lanzadas del castillo sin que hiciera una sola demostracion de dolor. Léjos de eso, acercándose en una ocasion al muro con algunos valientes que le seguian, descubrióse dos veces todo el cuerpo para dar á entender á sus caudillos y capitanes que si alguna vez se determinase á alzar el cerco no seria por temor al peligro de su persona. Aconsejaban en efecto á don Jaime así don Fernando su tío como algunos ricos-hombres que desistiera, por lo menos hasta mejor ocasion, de una empresa que tenian por temeraria. «Barones, les respondió don Jaime con su acostumbrada entereza: mengua y deshonor sería que quien siendo menor de edad ha ganado un reino que está sobre la mar, abandonara ahora un lugarillo tan insignificante como este, y el primero á que hemos puesto sitio en este reino. Sabed que cuantas cosas emprendimos fiados en la merced de Dios las hemos llevado á buen fin. Así, no solo no haremos lo que nos aconsejais, sino que por el señorío que sobre vosotros tenemos mandamos que nos ayudeis á ganar la villa, y que el consejo que nos habeis dado no volvais á darlo jamás.» A todos impuso respuesta y resolucion tan firme. El cerco prosiguió: redobláronse los esfuerzos del rey y de los suyos, y al cabo de dos meses Burriana se rindió á don Jaime (julio, 1233), el cual dejando en ella el conveniente presidio al cargo de dos de sus mas leales caballeros, hasta que llegase don Pedro Cornel á quien encomendaba su defensa, fuése á Tortosa para entrar en el reino de Aragon.

A la rendicion de Burriana siguió la entrega de Peñíscola, importante fortaleza, la primera que don Jaime en otro tiempo habia intentado tomar, y que ahora se le entregó bajo su fe, prometiéndole el rey á sus habitantes y defensores que les permitiera vivir en el ejercicio de su ley y religion. Chivert se rindió á los templarios, y Cervera á los caballeros de San Juan. Ganáronse Burriol, Cuevas, Alcalaten, Almazora y otros pueblos de la ribera del Júcar, que el rey de Aragon recorría con

ciento treinta caballeros de paraje y como ciento cincuenta almogavares (1234). En otro que él hubiera parecido imprudente la resolucio con que se metió por la vega misma de Valencia; pero él atacó y rindió sucesivamente las fuertes torres de Moncada y de los Museros, que eran, al decir del mismo, como los ojos de la ciudad, y despues de haber cautivado los moros que las defendian, volvióse sin contratiempo á Aragon.

Otros negocios que no eran los de la guerra ocuparon tambien al rey en este tiempo. El anciano monarca de Navarra don Sancho el Fuerte habia fallecido (abril, 1234). Pendiente estaba, aunque fria, la concordia de mutua sucesion que habia celebrado con el aragonés. Sin embargo, los navarros queriendo conservar la línea de sus reyes, bien que la varonil quedaba con don Sancho extinguida, determinaron alzar por



TEOBALDO I

rey á su sobrino Teobaldo, conde de Champagne. Fuese que solicitaran del rey de Aragon los relevase del juramento y compromiso de sucesion que con él tenian, y que don Jaime renunciara con generoso desinterés á su derecho, fuese que pensara mas en ganar á Valencia de los moros que en heredar la Navarra á disgusto de sus naturales, Teobaldo de Champagne se sentó en el trono que acababa de dejar el nieto de García el Restaurador, sin que el aragonés le reclamara para sí, ni hiciera valer la concordia que don Sancho mismo habia promovido.

Ocupado traía tambien al Conquistador en medio de su agitada vida el asunto de su segundo matrimonio. Habíase divorciado don Jaime de su esposa doña Leonor de Castilla, por desavenencias acaso que las historias no revelan con claridad. Intervino el papa, como acostumbraba, en este negocio, y su legado el cardenal de Santa Sabina declaró la nulidad del matrimonio, fundándose en el parentesco en grado prohibido que entre los dos consortes mediaba (1229). Sin embargo, el infante don Alfonso, hijo de don Jaime y de doña Leonor, habia sido reconocido y jurado heredero y legítimo sucesor del reino, como habido en matrimonio hecho de buena fe. Caso de todo punto igual al de don Alfonso IX de Leon y de doña Berenguela, con la legitimacion de San Fernando, y parecido al de tantos otros matrimonios y divorcios entre los reyes y reinas de Castilla y de Leon. El mismo pontífice Gregorio IX habia negociado despues el segundo enlace de Jaime de Aragon con la princesa Violante (2), hija de Andrés II, rey de Hungría. Concertadas las bodas, y arreglado entre los reyes de Aragon y Castilla en las vistas que tuvieron en el monasterio de Huerta, lo que habia de hacerse de doña Leonor, á la cual se dió la villa de Ariza con todos sus términos, juntamente con las villas y lugares que ya tenia, procedióse al casamiento del aragonés con la princesa húngara en Barcelona, á donde esta habia venido (setiembre, 1235).

Preocupado siempre el rey, y no distraído nunca su pensamiento de la conquista de Valencia, determinó apoderarse de un puesto avanzado, distante solo dos leguas de la ciudad, que los moros nombraban Enesa, y los cristianos el cerro ó Puig de Cebolla, y despues se llamó el Puig de Santa María. Noticioso de ello el rey Ben Zeyan mandó demoler el castillo. No le importó esto á don Jaime. Con actividad prodigiosa hizo levantar otra fortaleza en el mismo sitio, que era el mas á propósito para correr la comarca y tener en respeto á Valencia. Dos meses bastaron para dar por concluido el fuerte, cuya defensa encomendó á su tío materno el valeroso don Bernardo Guillen de Entenza, en cuya confianza pasó el rey á Burriana y á otros puntos para proveer á otros asuntos de

(1) El que nombran Zaen nuestras historias.

(2) Nombre españolizado de *Yoland*.

la guerra y cuidar de que no faltasen mantenimientos (1). Necesitábase una historia especial para dar cuenta de las infinitas proezas y brillantes hechos de armas que ejecutaron los defensores del Puig, así como para pintar la movilidad continua y prodigiosa del rey, cruzando sin cesar de uno á otro punto del reino, atendiendo á todas partes y proveyendo á todo. Mientras él se hallaba en Monzon celebrando córtes, acometió el moro Ben Zeyan á los del Puig con cuarenta mil peones y seiscientos caballos, número formidable respecto al escasisimo que los cristianos contaban, y sin embargo, á la voz de «¡Santa María! y ¡Aragon!» ganaron estos sobre la morisma un triunfo que llenó de asombro y de terror al emir valenciano (agosto, 1237). Grande alegría causó á don Jaime tan lisonjera nueva. Mas no tardó en ser seguida de otra que derramó amargo pesar sobre su corazon. El bravo don Bernardo Guillen de Entenza habia fallecido (enero, 1238). Inmediatamente se encaminó el rey al Puig á alentar aquel pequeño ejército, que bien necesitaba de su presencia para consolarse y no desfallecer con la pérdida de tan valeroso jefe y capitán. Ofreció pues á sus soldados que no tardaria sino muy pocos meses en volver con refuerzos considerables que reuniría en Aragon, para donde partiría á buscarlos en persona.

Semejante indicacion introdujo nuevo desmayo y desaliento en los caballeros y ricos-hombres del Puig. Ya no pensaron mas sino en abandonar aquel sitio tan pronto como se ausentara el rey. No faltó quien descubriera á don Jaime esta disposicion de los ánimos. Pasó una noche inquieta y agitada pensando en lo que debería hacer y en la medida que habria de tomar (2). Por último la mañana siguiente fuése á la iglesia, y congregando allí á todos los caballeros: «Barones (les dijo), convencidos estamos de que todos vosotros y cuantos hay en España sabeis la gran merced que Nuestro Señor nos ha otorgado en nuestra juventud con la conquista de Mallorca y demás islas, así como con lo que hemos conquistado desde Tortosa acá. Congregados estais todos para servir á Dios y á Nos: mas debo haceros saber cómo fray Pedro de Lérida habló con Nos esta noche, y nos dijo que la mayor parte de vosotros teniais intencion de marcharos si Nos lo hacíamos. Mucho nos maravilló tal pensamiento, sobre todo habiendo de ser nuestra marcha en mayor pro de vosotros y de nuestra conquista: mas puesto que á todos os pesa que marchemos, os decimos (y para esto nos pusimos en pié), que en este lugar haremos voto á Dios y al altar donde está su madre, de que no pasaremos Teruel ni el rio de Tortosa hasta que Valencia caiga en nuestro poder. Y para que mejor entendaís que es nuestra voluntad quedarnos aquí y conquistar este reino para el servicio de Dios, sabed que en este momento vamos á dar orden para que venga la reina nuestra esposa, y además nuestra hija....» Enterneció á todos semejante discurso y los contuvo. Y no solo los cristianos cobraron buen ánimo, sino que entendido por Ben Zeyan, concibió serios temores con tan atrevida resolucio, tanto que comenzó á ha-

cer secretas proposiciones á don Jaime para que desistiese de aquella empresa. Desechólas el aragonés con grande admiracion del mensajero musulmán, y con aquel puñado de gente que tenia en el Puig resolvió comenzar á combatir la ciudad.

Si algo le detuvo todavia, fueron los mensajes que iba recibiendo de las poblaciones sarracenas de la comarca ofreciéndole obediencia y sumision. Almenara, Uxó, Nules, Castro, Paterna, Bulla, varias otras villas y castillos se le fueron rindiendo sucesivamente en pocos dias. Era el nombre y la fama de don Jaime lo que intimidaba á los sarracenos. Su hueste era sobre manera menguada. Componíase de unos setenta caballeros que reunian entre el maestro del Hospital y los comandadores del Templo, de Alcañiz y de Calatrava, ciento cuarenta caballeros de la mesnada del rey, ciento cincuenta almogavares, y algunos mas de mil hombres de á pié. Con esta gente, que no podia llamarse ejército, se atrevió un día á pasar el Guadalaviar y á sentar sus reales y desplegar sus señeras entre Valencia y el Grao. Por fortuna llegaron pronto al campo los ricos-hombres de Aragon y Cataluña, los prelados de uno y otro reino, cada cual con su hueste, las milicias de los concejos, y hasta el arzobispo de Narbona con tal cual número de caballeros y sobre mil peones. Con esto el sitio se fué estrechando, y apenas los sarracenos se atrevian ya á salir de las puertas de la ciudad, sino individualmente á sostener parciales combates y torneos con los cristianos. Armáronse las máquinas y comenzóse á batir los muros. Hacíanse cavas y minas, y llegaron algunos á romper con picos por tres partes un lienzo de la muralla, mientras otros atacaban á Cilla y la rendian. De poco sirvió que arribara á las playas del Grao una escuadra enviada por el rey de Túnez. Colocado el campo cristiano entre la ciudad y el puerto, ni los moros de Valencia eran osados á salir, ni los de las naves á saltar. La armada tunecina tomó rumbo hácia Peñíscola, en cuyas aguas fué batida y escarmentada, y no volvió á parecer.

Creció con esto la osadía de los sitiadores. Si alguna salida hacian los moros de la ciudad, atacábanlos y se metian por entre ellos tan temerariamente, que un día por acudir el rey á caballo para hacellos retirar fué herido de una saeta en la cabeza. Dejémoslo contar á él mismo con su candorosa naturalidad. «Regresábamos de allí (dice) con nuestros hombres, á la sazón en que volviendo la cabeza para mirar á la ciudad y á las numerosas fuerzas sarracenas, que de ella habian salido al campo, disparó contra Nos un ballestero, y atravesando la flecha el casco que llevábamos, hirieron en la cabeza cerca de la frente. No fué la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte; pero se nos clavó mas de la mitad, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tiron que la quebramos. Chorreábanos por el rostro la sangre, que tuvimos que enjugar con un pedazo de cendal que llevábamos; y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco dias teniendo enteramente privado de la vista el del lado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como calmó la hinchazon, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo, para que todos cobrasen buen ánimo (3).»

El arrojo de los cristianos llegó á tal punto que algunos de ellos, sin dar siquiera conocimiento al rey, atacaron por su cuenta una torre que estaba junto á la puerta de la Boatella, en la calle que se dijo despues de San Vicente. Viéronse en verdad aquellos hombres comprometidos y á punto de perecer. Mas con noticia que de ello tuvo don Jaime, sin dejar de reprenderles su temeridad, acudió con toda la ballestería á combatir la torre, y como los moros no quisiesen rendirse, prendióronla fuego y murieron abrasados todos los que la defendian. Golpe fué este que llenó de consternacion á Ben Zeyan, harto intimidado y asustado ya con otros hechos y casos que cada día le ponian en mayor aprieto y apuro. Desde entonces comenzó á mover secretos tratos con don Jaime por medio de mensajeros que muy cautelosamente le enviaba.

(1) «Al levantar nuestro campo (del Puig), dice él en su historia, vimos que una golondrina habia construido su nido encima de nuestra tienda; por cuyo motivo dimos orden para que esta no se quitase hasta que la avecilla hubiese desanidado con sus hijuelos, ya que fiada en Nos se habia establecido allí.» Cap. 152. Toda esta notable historia está salpicada de incidentes curiosos como este. Es como un diario en que el rey iba anotando todo lo que hacia y ocurría, y al cual hacen mas sabroso los diálogos llenos de sencillez y naturalidad de que abunda, y en que están retratados al vivo todos los personajes.

(2) Hé aquí cómo cuenta él su inquietud de aquella noche: «Fuimos no obstante á descansar... A pesar de estar en enero, nos revolvíamos por la cama mas de cien veces, poniéndonos ya de un lado ya de otro, y sudando como si estuviésemos en un baño. Despues de haber cavilado mucho, nos dormimos por fin, postrado de tanto velar; mas entre media noche y el alba nos despertamos de nuevo, y volvimos á dar de continuo con el mismo pensamiento: nuestro pesar era de ver que teníamos que habérmolas con mala gente, porque es de saber que no hay clase mas soberbia en el mundo que los caballeros (*e pensam nos que havíem á fer ab mal gent, car al mon no ha tan sobrer poble como son cavallers*). Teníamos por cierto que despues que hubiésemos marchado ninguna vergüenza se darian de escaparse...» Cap. 165.

(3) Hist. de don Jaime, cap. 181.



Las pláticas se tuvieron con el mayor sigilo entre los dos reyes por mediación de algun arrayaz y de algun rico-hombre de la confianza de cada soberano. Don Jaime solo daba participación á la reina, á cuya presencia hacia que se tratara todo. Despues de varias negociaciones resolvió al fin Ben Zeyan proponer á don Jaime que haria la entrega de la ciudad siempre que á los moros y moras se les permitiese sacar todo su equipaje, sin que nadie los registrara ni les hiciese villanía, antes bien serian asegurados hasta Cullera ó Denia. Aceptaron el rey y la reina la proposición, y quedó convenido que la ciudad seria entregada á los cinco dias, en el último de los cuales habian de comenzar á desocuparla los sarracenos. Hecho ya el pacto, comunicó el rey á los prelados y ricos-hombres, de entre los cuales hubo algunos que mostraron menos contento que disgusto, acaso porque no se hubiera contado con su consejo. Al tercer dia comenzaron ya los moros á salir de la ciudad: verificáronlo hasta cincuenta mil, siendo asegurados en conformidad al convenio hasta Cullera: veinte dias les fueron dados para hacer su emigración, y otorgóse á Ben Zeyan una tregua de siete años.

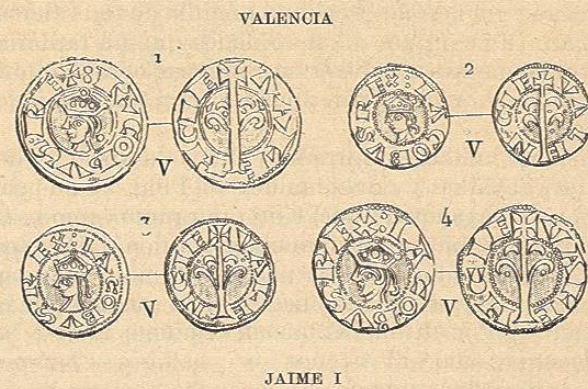
En 28 de setiembre de 1238, vispera de San Miguel, el rey don Jaime de Aragon, con la reina doña Violante, los arzobispos de Tarragona y Narbona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, los ricos-hombres y caballeros de Aragon y Cataluña, las órdenes militares y los concejos de las ciudades y villas, hicieron su entrada triunfal en Valencia, en aquella hermosa ciudad que cerca de siglo y medio habia poseido por algunos años el Cid, ahora rescatada para no perderla ya jamás. Don Jaime hizo enarbolar el pendon de Aragon en las almenas de la torre que despues fué llamada la torre del Templo, y las mezquitas de Mahoma fueron convertidas para siempre en iglesias cristianas. Pasados algunos dias, procedióse al repartimiento de las casas y tierras entre los prelados y ricos-hombres, caballeros y comunes, segun la gente con que cada cual habia contribuido á la conquista; contándose hasta trescientos ochenta caballeros de Aragon y Cataluña, á mas de los ricos-hombres, los que fueron heredados, á los cuales y á sus descendientes llamaron caballeros de conquista, y á ellos dejó encomendada la guardia y defensa de la ciudad, relevándose de ciento en ciento cada cuatro meses. Así quedó incorporada la rica ciudad de Valencia al reino de Aragon (1).

Despues de la conquista de Valencia pasó don Jaime á Mompeller á sosegar graves turbaciones que habian ocurrido en aquella ciudad y señorío. Asentadas allí y puestas en orden las cosas, tornóse para Valencia, cuyo reino halló tambien no poco alterado, y en armas los moros y muy quejosos de las correrías con que en su ausencia los habian molestado algunos caudillos cristianos, sin respeto á la tregua bajo cuya seguridad vivian. Sosegáronse con la presencia del rey, y entregáronse algunos castillos. El destronado Ben Zeyan que se hallaba en Denia, pidió á don Jaime la isla de Menorca para tenerla en feudo como vasallo suyo, ofreciéndole en cambio el castillo de Alicante. Excusóse el rey con que Alicante pertenecía por antiguos pactos y confederaciones á la conquista de Castilla, y no admitió la proposición del musulman. La circunstancia de haber preso el alcaide de Játiva á don Pedro de Alcalá con otros cinco caballeros cristianos que andaban recorriendo aquella tierra, sirvió á don Jaime de pretexto, si por ventura lo necesitase tratándose de guerrear contra los moros, para poner cerco á Játiva, la ciudad mas importante de aquel reino despues de Valencia, sita en una colina dominando una de las mas fértiles vegas y de las mas abundosas y pintorescas campiñas que pueden verse en el mundo. Astutos y tenaces los moros de Játiva, todo lo que el rey con su gran poder alcanzó á recabar del alcaide

(1) Hist. del rey don Jaime, hasta el cap. 194.—Desclot, c. 59.—Zurita, lib. III, hasta el c. 34.—Muntaner refiere muy confusamente todo lo relativo á la conquista de la ciudad y reino de Valencia.—La letra y el texto de la capitulación entre don Jaime y Ben Zeyan, ó Zaen, que tenemos á la vista, no contiene otras cláusulas que las que hemos explicado.

Abul Hussein Yahia en este primer cerco, fué que le entregara una de las fortalezas de aquel territorio, nombrada Castellon, juntamente con los caballeros cautivos, y que cien principales moros salieran á hacer ademan de reconocerle por señor suyo, mas nada de rendir la ciudad. Con esto pasó don Jaime otra vez á Aragon (1241).

Menos prudente y discreto este monarca como político, que valeroso y avisado como conquistador, comenzó á desenvolverse en las córtes de Daroca el malhadado pensamiento que traía de dividir el reino entre sus hijos, manantial fecundo de discordias y de perturbaciones. En aquellas córtes declaró de nuevo é hizo jurar por sucesor y heredero en el reino de Aragon, á su hijo primogénito don Alfonso, habido de su primera esposa doña Leonor de Castilla, pero reservando lo de Cataluña á don Pedro, el mayor de los hijos de doña Violante de Hungría (1243). Juntado luego córtes de catalanes en Barcelona, hizo la demarcación de los límites de Cataluña y Aragon, comprendien-



do en la primera todo el territorio desde Salsas hasta el Cinca, y en el segundo desde el Cinca hasta Ariza (1244). Diéronse los aragoneses por agraviados de esta limitación, y el infante don Alfonso, que era en la repartición tan claramente perjudicado, apartóse del rey su padre, siendo lo peor que se afiliaron á su partido el infante don Fernando su tío (que no dejaba de titularse abad de Montaragon), el infante don Pedro de Portugal, el señor de Albarracín, varios otros ricos-hombres de Aragon, y algunos lugares del reino de Valencia. Aragoneses y valencianos estaban divididos y en armas, y temíase que estallara una guerra entre padre é hijo, que hubiera sido mas temible en razon á hallarse entonces en Murcia el infante don Alfonso, hijo de don Fernando III de Castilla, á quien acababan de someterse los moros de aquel reino, segun en el anterior capítulo referimos. Acaso esto mismo movió al rey á volver á Valencia: cediéronle los moros de Algecira (tal vez Alcira) las torres que fortalecían aquella villa, é hicieron homenaje al monarca cristiano, el cual les permitió vivir segun su ley; y cristianos y sarracenos vivian, los unos en las torres, los otros en la villa, separados por un muro sin comunicarse y tambien sin ofenderse (1245). Otra vez se puso el rey sobre su codiciada Játiva, y otra vez hubo de levantar el cerco. Y como el príncipe de Castilla siguiese ganando lugares en Murcia, y se tocasen ya las conquistas y las fronteras de Castilla y Aragon, fué menester, para evitar ocasion tan próxima de guerra entre los dos príncipes cristianos, que se tratara de concertarlos entre sí y avenirlos, como se realizó, por medio del matrimonio que entonces se hizo, y de que ya dimos cuenta en otro capítulo, del infante don Alfonso de Castilla con doña Violante, la hija mayor del de Aragon (1246).

Pudo con esto el aragonés dedicarse ya con alguna quietud á los negocios de gobierno interior de su reino, y no fué ciertamente este espacio el que con menos provecho empleó don Jaime. En él demostró que no era solo conquistar lo que sabia, sino legislar tambien: puesto que convocando córtes generales de aragoneses en Huesca, con acuerdo y consejo de los prelados y ricos-hombres y de todos los que á ellas concurrieron, reformó y corrigió los antiguos fueros del reino, y se refundió toda la anterior legislación en un volumen ó código para que de allí adelante se juzgase por él (1247); declarando que en

## DON JAIME I PRESIDENDO LAS CÓRTESES DE LÉRIDA

En el riquísimo Archivo de la antigua corona de Aragon, establecido en Barcelona, existe un volumen en perfecto estado de conservación que contiene las *Constitucions y capitols de cort de Catalunya*, desde los tiempos mas remotos hasta el reinado de Don Fernando II de Aragon y V de Castilla, llamado el *Católico*; comprendiendo tambien los *Usatges* primitivos, todo ello ordenado con inteligente esmero.

Consta dicho volumen de 353 fojas, y está impreso en terso pergamino y en caracteres góticos con tanta perfección é igualdad que hoy dia, á pesar de los grandes progresos realizados en el arte tipográfico, difícilmente podria hacerse un trabajo mas esmerado.

Segun resulta de una larga advertencia que dicho volumen lleva al frente, imprimióse en tiempos del ya citado D. Fernando el Católico, y delante de su primera página se encuentra el grabado, regularmente iluminado, que se ha reproducido fielmente en la lámina adjunta. El primer folio es el único que lleva una orla y una letra inicial de capítulo formados de hojas y otras labores pintadas: los demás folios contienen solamente el texto.

El ejemplar que nos ocupa perteneció al Monasterio de San Cucufate de Barcelona; en el Archivo municipal de esta ciudad se conserva otro; pero el grabado está sin iluminar.